

# Maimón, Ojos Azules

JUANA CORTÉS AMUNARRIZ

Ilustraciones de Irene G. Lenguas





**Maimón, Ojos Azules**



JUANA CORTÉS AMUNARRIZ

# **Maimón, Ojos Azules**

Ilustraciones: Irene G. Lenguas

**edebé**

© Texto: Juana Cortés Amunarriz, 2020

© Ilustraciones: Irene G. Lenguas, 2020

© Ed. Cast.: Edebé, 2020

Paseo de San Juan Bosco 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura infantil:* Elena Valencia

*Diseño de las cubiertas:* Book & Look

Primera edición, septiembre 2020

ISBN: 978-84-683-4936-7

Depósito legal: B. 8344-2020

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A mi hermana y otras sirenas.*



¿Qué pasa si el corazón se para?  
Cuando se lo pregunté a Gaspar, él me chupó la mano con su lengua rasposa y luego maulló.

Cuando se lo pregunté a Rodri, él dijo: no seas pesada. Esa es la frase favorita de mi hermano.

Cuando se lo pregunté a Blanca, ella tragó saliva y contestó: el corazón, ah, sí, el corazón. ¿Sabes que el corazón más grande del mundo pertenece a la ballena azul? Su corazón puede alcanzar los 700 kilos, como un coche pequeño, y puede ser tan alto como una persona.





«¿Te lo imaginas?», dijo mi hermana.

Cuando se lo pregunté al abuelo Anselmo, carraspeó y se quedó callado. Finalmente me dijo: Nerea, tú y yo iremos un día a pescar. Te lo prometo. Te lo prometo por los tritones de Neptuno. Tú y yo iremos a pescar, y lo pasaremos en grande.

Cuando se lo pregunté a mi padre, él arrugó la nariz y me dijo: no te vas a creer lo que ha pasado hoy en el autobús. Y me contó que un señor muy gordo se había quedado atrapado en la entrada y todos los viajeros habían tenido que bajar a empujar para que pudiera entrar.

Cuando se le pregunté a mi madre, ella intentó sonreír y me preguntó a su vez: ¿Te apetece dar un paseo hasta la heladería? Tenía la sonrisa triste y sus manos



acariciaron mi pelo. Luego apartó a Gaspar para ponerse los zapatos.





## Durante la cena

—Otra vez pescado. No quiero pescado —protestó Nerea.

Estaban los cinco sentados a la mesa; sus padres, sus hermanos y ella. Gaspar dormitaba en el sillón. Esa noche le había tocado poner la mesa a Rodri, por lo que faltaban los cuchillos, las servilletas y el agua de la jarra estaba caliente. Se podría decir que Rodri era un poco despistado. Aunque su padre solía decir: para lo que quiere no es tan despistado...

—El pescado tiene fósforo —dijo Gen, su madre.



Gen era muy pequeña, delgada y llevaba la melena pelirroja recogida en un moño.

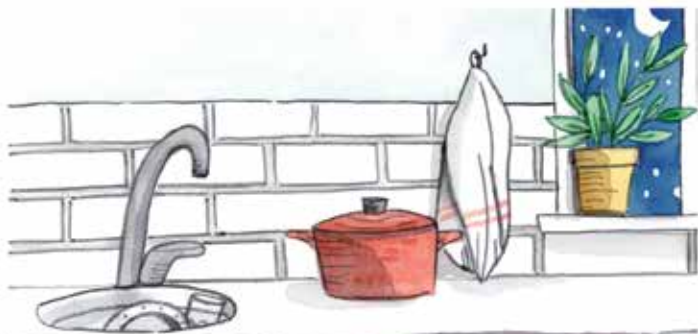
—Las cerillas también tienen fósforo y no nos las comemos —dijo Blanca.

Blanca, Rodri y Nerea se parecían a Eloy, su padre, y tenían el pelo y los ojos oscuros y muy vivos.

—El fósforo es bueno para la memoria —respondió la madre, que era una experta en no caer en las trampas que le tendían sus hijos.

—Pues que se coma el pescado el abuelo. El otro día se olvidó de llevar el cebo para pescar y tuvimos que utilizar el chorizo de mi bocadillo —dijo Rodri.

El abuelo Anselmo había sido marinero durante toda su vida. Presumía de haber





dado la vuelta al mundo varias veces y de conocer sitios exóticos como Honolulu y las Islas Sándwich. Al jubilarse, se había comprado una pequeña barca con la que salía a pescar con frecuencia. A veces Blanca y Rodri le acompañaban, pero a Nerea no le dejaban ir.

—Si el abuelo, en vez de ser pescador, hubiera sido italiano: ¿cenaríamos todas las noches *pizza*? —preguntó Rodri.

—¿Y pasta, canelones, lasaña...? —preguntó Blanca.

—¿Y helados italianos? —dijo Rodri.

—Pero no se puede cambiar de abuelo —señaló Eloy, que estaba quitando las espinas del pescado con cuidado.

—¿Seguro que no podemos adoptar un abuelo italiano? —preguntó Rodri.



—No, no se puede —dijo Gen con decisión.

—De verdad, mami, no quiero comer más... —protestó Nerea.

—El último trozo —dijo la madre.

—¡Qué injusticia! —exclamó Blanca.

Y en ese momento nadie sabía si se refería al trato de favor que recibía Nerea, o a la suerte que tenían los niños italianos al tener abuelos italianos.